

---

## UNA TEMPESTAD EN FAMILIA

---

(FRAGMENTO)

N la noche del 6 de Mayo fulguraba radiante la casa del Sr. Bianchini, caballero condecorado, porque se celebraba la acostumbrada fiesta del aniversario de su matrimonio. Pero, como sucede con frecuencia en las familias, la recepción fué precedida de una borrasca.

La señora había tenido un golpe de ingenio. Informada por su marido de las nuevas ideas de su hijo Alberto, después de haberle prometido guardar el secreto, había creído acto de alta sabiduría y prudencia ir *de occultis* á advertir al suegro, al señor Comendador de la Cruz de..., á fin de que viniese preparado á la recepción, y que, aprovechándose del auditorio que haría eco á su voz, y revestido con su autori-

dad, recondujese al joven á la razón. Y aquella misma noche, á la comida, anunciaba al Sr. Bianchini su traición con una tan jactanciosa seguridad de haber hecho bien, que estuvo á punto de sacar á su esposo de sus casillas.

Cuando el Sr. Moretti, llegado el primero, entró en el salón con su rostro sonrosado y sonriente de viejo optimista, vió todavía á su amigo con cara trémula, en la cual se confundían los vapores del vino de Barolo y los de la cólera, y la señora con aire altivo y obstinado, como de quien ha defendido con denuedo una idea.

Pero Bianchini esperaba todavía conjurar la batalla á fuerza de diplomacia, y se decidió á emprender su obra. Llamado aparte Moretti, le recomendó, con semblante grave, que no hiciese durante la velada recaer el discurso sobre el *1.º de Mayo* y sobre la cuestión social, porque al tal asunto podría seguir un encuentro entre el suegro y su hijo, que pensaban en esta cuestión de modo bien distinto.

—¿Por qué?—preguntó maravillado Moretti.—De la discusión nace la luz, y acabarían por entenderse.

—¡Imposible!—respondió Bianchini, é

insistió tanto y tanto hasta conseguir la promesa de su interlocutor.

Entraron casi á un tiempo Alberto y su mujer con el pequeño Julio, y el viejo Doctor Geri, dueño de la casa, con su hijo y su nieto, un muchacho de diez y seis años, discípulo de Alberto. Formaban una trinidad curiosa, muy semejante uno á otro, á pesar de la gran diferencia de edad; se veía que el muchacho, á los veinte años, iba á ser el retrato, en miniatura, de su padre, y después de otros veinte el del abuelo. Eran de una dinastía seca y enjuta, los tres un poco encorvados de espalda, los tres sonriendo de igual manera, con la contracción facial de quien se limpia los dientes.

El viejo tenía una cara pálida y barbilampiña, que parecía livida por efecto de la peluca negra y de los anteojos ahumados, bajo los cuales surgía una gran nariz de caballete, encorvada sobre una boca torcida é inquieta que revelaba sentimientos no manifestados por los ojos, siempre bajos y errantes, como si buscasen algo en el suelo. Los tres respondieron con la misma sonrisa acre á la cortesía festiva con que fueron acogidos, cortesía que el viejo Geri, como casero, acogió con usura; las

palabras entre Geri y Bianchini habían llegado en todo asunto á tal extremo, que hacía años que el inquilino ordenaba y pagaba por su cuenta todas las grandes ó pequeñas reparaciones, para no gastar con el dueño palabras inútiles. Su avaricia era proverbial aun fuera de la casa; nunca franqueaba una carta, para que la pagase el que la recibía; no daba jamás una propina, y en verano, paseando por las calles de Turín, muerto de sed, tomaba un vaso de limón de dos céntimos de los aguaduchos de las esquinas, y no sólo no daba jamás una limosna, sino que la sola vista de un mendigo le exasperaba, hasta el punto de que si hubiese alguno osado pedirle, le habría pegado. Había ejercido en otro tiempo la Medicina, y después la había dejado, porque toda la clientela se le escapaba á causa de sus indiscreciones. Hacía años que todas las alegrías de su vida se reducían á la de ser casero. Para él, el dueño de una casa era un ciudadano insigne y benemérito, una columna del Estado, que tiene derecho al más obsequioso respeto de las autoridades y á los más delicados miramientos de sus conciudadanos. Escribía semanalmente una cartita á algún periódico,

firmando con las iniciales, lamentándose de los cantos nocturnos, del estrépito de los carros, de las cornetas de los soldados, del ruido de los estudiantes, de todo lo que pudiese turbar la quietud de su morada, y repetía como un entreparéntesis constante, interpretándola á su modo, la sentencia de Goethe, de que no es un hombre digno á la verdad de tal nombre, quien no ha criado un hijo, ó plantado un árbol, ó fabricado una casa. La humanidad, para él, se dividía en caseros é inquilinos, y éstos eran, naturalmente, de una raza inferior.

Los tres Geri se sentaron, y el Sr. Bianchini les hizo en voz baja la misma recomendación que á Moretti (ya comprenderán ustedes... hay disentimientos de ideas, si se pudiese evitar...).

El viejo se maravilló, el hijo se sonrió, buscando con los ojos á la señora Julia, satisfecha por descubrir el lado ridículo del joven profesor, que por oposición de naturaleza le había sido siempre antipático, é iba á hacer una pregunta, cuando entraron Cambiari y su mujer.

Entró en el salón con ellos un soplo de salud y buen humor.

Aquella hermosa morena de formas re-

dondeadas, sencilla, alegre; aquel angelote de cara abierta sobre la cual se unían la bondad, la inteligencia, la astucia, ambos llenos de vida y de simpática charla, eran la imagen de su propia casa: una casa de honrados bromistas, llena de chicos de todos sexos y estaturas, donde se cantaba, se bailaba, se corría en bicicleta por las habitaciones, se acostaban á la oración y se comía á todas horas, sin que ninguna contrariedad ni ninguna pequeña discusión escolástica ó desgracia doméstica interrumpiera jamás el curso de las visitas, de las comidas, de las jiras campestres en que se gastaban cada año cuanto entraba en la casa. Y en medio de aquella Babilonia, Cambiari trabajaba con entusiasmo y con fortuna, perdiendo y volviendo á encontrar las cuentas y dibujos entre los juguetes y periódicos de modas, tocando el piano á ratos perdidos, jugueteando con la prole, leyendo un poco de todo, en la cama, haciendo la corte en broma á las amigas de su mujer, cuya riente distracción é ingenua ignorancia de bella y buena ama de cría, alegraban la vida.

Cambiados los primeros saludos, Bianchini condujo á un rincón á Cambiari, y le

hizo la misma recomendación. Éste sonrió primero, después se puso serio por cortesía. Ciertamente que el suegro y el yerno eran dos cabezas que no se debía dejar que se tropezasen en una cuestión de aquella naturaleza. Preguntó si Alberto había sido siempre muy firme en sus ideas. Bianchini le contestó que sí, resueltamente, y añadió más bajo:

—Y tiene razón; yo pienso como él: también yo soy partidario de la verdad y de la justicia.

Cambiari le miró fijamente, sospechando que hubiera bebido más de lo regular; pero Bianchini le volvió la espalda y le dejó para ir á buscar al Sr. Luzzi, y á su señora, que entró con arranque de bailarina.

Luzzi y su mujer formaban la pareja más original de la reunión. Él era Vice-director de una Compañía de seguros; una figura menuda de escolarcillo indisciplinado, medio calvo, con dos ojillos de topo, un bigotito minúsculo, negro, retorcido, en forma que parecía pintado con coreho quemado; un semblante en que radiaba una astucia que no tenía, con aire de reflexionar, pensar, saber y comprender mucho de lo que en realidad ni pensaba, ni reflexio-

naba, ni sabía, ni comprendía. No se podía adivinar cuántos años tuviese por encima de los cuarenta. Pasaba por una autoridad en su profesión, porque dedicaba todo su tiempo á escoger proyectos de reformas administrativas, estudiando la organización de todas las Sociedades de seguros existentes en el universo; proyectos que eran siempre tomados en gran consideración, pero jamás realizados ni llevados á la práctica. Se decía que tenía una fortuna; pero él lo negaba resueltamente con sonrisa fugaz.

Él hablaba poquisimo, pero siempre fingiendo que se encontraba recogido y abstraído en sus pensamientos, no perdía palabra alguna de las personas á las cuales escuchaba como para aprender siempre algo que ignorase. Nadie podía suponer cómo se habían compuesto y apañado él y su mujer, que era una morenita atrevida, de treinta años, con dos ojos que quemaban, con un lunar graciosísimo en la mejilla izquierda, con un cuerpecito de muchacha precoz, semejante á las elásticas mujercillas japonesas que se apeloan y se acurrucan bien sobre las esterillas de la sala y sobre las rodillas del marido, vestida siempre con una elegancia y un gusto, perfectamente

conformes con su belleza diminuta é inquieta, todo capricho, y que despertaba provocante el deseo de abrazarla.

Al par de todo esto, mostraba una seriedad tan inteligente cuando quería, que un hombre de Estado la habría hablado de política como á un experimentado periodista. Hacía sólo dos meses que su marido había sido trasladado desde Venecia á Turín, donde la Sra. Julia había reconocido en ella una antigua compañera de colegio, perdida de vista hacia más de veinte años, pero recordada siempre entre otras cien como el espíritu más turbulento y más revoltoso de la escolaresca.

Aprovechando un momento oportuno, el caballero Bianchini hizo la recomendación al Sr. Luzzi al oído. Éste, sin mirarle, le contestó en tono compasivo:

—¿También usted, caballero, es uno de aquellos que creen que existe una cuestión social?

Bianchini respondió gravemente:

—Existe.

Y el otro:

—Es una alucinación de la burguesía.

(Sin embargo, ofreció callar.)

Después de esto, fué á recomendar, por

última vez, prudencia á su Alberto, quien lo serenó; y en medio del salón grande, dirigía Bianchini una mirada satisfecha sobre la bella reunión.

Todavía duraba el cambio de saludos y de cumplimientos, con aquella cháchara de aristocracia burguesa, que es la gentileza aristocrática contrahecha. Se veía, sin embargo, y se percibía que faltaba aún el invitado más conspicuo, un personaje, considerado por todos, con conciencia y por complacencia, en grande estima, y por todos señalado y distinguido con justo título: el Comendador.

—¿Vendrá el Comendador?

—¿No ha venido todavía el Comendador?

—¿Cuándo tendremos el gusto de ver al Comendador?

La camarera anunció en alta voz:

—El señor Comendador.

Entró primero la Sra. Paula, una enanilla vestida de obscuro, con el aire tímido y dulce de una devota, y su indispensable cruz de oro colgada al cuello; y detrás de ella el amplio semblante del Comendador, con bigote á lo Bismarck, cabellos grises echados hacia adelante, caracolados hacia las sienes; un gran rostro sólido y limpio,

que podía resultar simpático á quien no notase la expresión de dureza que tenía en la boca, un poco caída de los lados, y una luz indefinible que le brillaba en los ojos, no originada de dentro, sino muy al exterior, semejante al reflejo de las irisaciones en el vidrio. Se comprendía al primer golpe de vista que venía de mala gana y por puro deber de parentesco.

Alberto, que no le veía desde días atrás, fué, entre los primeros, á alargarle la mano, que el Comendador estrechó con su manera acostumbrada, como hace un Director general con un joven empleado. Cuando todos le hubieron reverenciado, él permaneció en un rincón con dos de los Geri. Los otros se sentaron por aquí ó por allá, y empezó un vivo cascar con el habitual cambio de preguntas que no requieren respuesta y de respuestas no escuchadas por quien las ha pedido; de cuentos empezados y narraciones no acabadas, cruzadas, interrumpidas y rotas por otros discursos descabezados, y carcajadas diminutas de señoras; exclamaciones caricaturescas de estupor ó de fingida alegría, de aquel juego de pelota de frases y de pensamientos que se derrocha en todas las reuniones antes de que se llegue á ende-

rezar ó emprender las conversaciones particulares.

Y este rumor continuó hasta que los dueños de la casa invitaron á la tertulia á que pasase al comedor, donde anualmente, en tal noche, se preparaba una cosa *improvisada*, que ya se esperaban. Había, bajo una iluminación de altar mayor, una mesa apetitosa, en la cual, entre ramos de flores y tarros de dulce, se levantaba la punta de variados colores de los helados, los cuellos brillantes de las botellas, las pirámides olorosas de las naranjas mandarinas, esparcido todo con arte sobre varias mesas, en medio del centelleo de la porcelana, de la plata y de la cristalería, que al primer golpe de vista del salón hacía pasar como un relámpago de orgullosa altanería en los ojos de los dos cónyuges, perfectamente acordes en aquel sentimiento.

Una vez aquí, la sociedad se dividió en grupos, según las afinidades electivas; sobre el sofá más grande, adosado á la pared, las señoras jóvenes y la muchacha; en otro sofá, en un rincón, la dueña de la casa y la Sra. Paula, con Moretti, caballero obsequioso de las viejas damas. En otra parte opuesta el Comendador con sus

dos Geri, y todos los demás hombres, de pie, alrededor de la gran mesa del centro; los dos chicos, en la terraza próxima al comedor; era una hermosa velada: de los árboles de la plaza venía rica fragancia de hojarasca fresca, y las fachadas de las casas del rededor, blanqueadas por la luz eléctrica, producían por las ventanas abiertas como un fondo teatral que acrecentaba la alegría de estos salones.

Ya se habían desmontado casi por mitad muchos de los enhiestos platos, y las conversaciones parciales se habían emprendido hacía un rato, sin que ningún discurso se hubiese todavía escurrido, que hiciese temer el preludio de alguno peligroso. El caballero Bianchini comenzaba á serenarse, y tenía una viva satisfacción de amor propio, porque al fin era él, él, Antonio Bianchini, quien con su sabia política, con la elocuencia de sus recomendaciones, graves, de profunda significación, había obtenido este gran triunfo. Le quedaba un vago temor: que el Comendador, por ejemplo, asaltase, aun no siendo provocado; pero por el aspecto de su rostro, no se lo parecía, y oyendo que discurría sobre la gran cuestión de las alcantarillas de Turín, que era

una de sus manías, arrancó del ánimo hasta aquella nube de miedo, y se fué sereno á dirigir bromitas á la Sra. Cambiari.

Alberto, por su parte, resuelto á mantener la promesa hecha á su mujer de no encender la tea de la discordia el primero, no estaba tampoco descontento de haber sido dejado en paz, y discurriendo de asuntos de enseñanza en medio del salón con Cambiari y con Luzzi, observaba de vez en cuando á la mujer de éste, que despertaba todavía y siempre el sentimiento de curiosidad de una persona nueva, no habiendo tenido en los dos meses que hacia que la conocía, ocasión de cambiar con ella sino pocas palabras.

Pero llegado á un cierto punto, continuando su discurso, cogió al vuelo una frase de su suegro, que charlaba con Geri:

—Cualquiera que haga esperar á las clases pobres una mejora por otro camino que por el de la moralidad y la educación, las engaña.

Alberto se interrumpió, y dijo bajo á Cambiari y á Luzzi:

—El acostumbrado lugar común, el círculo vicioso. La educación no es posible sin un cierto grado de prosperidad material,

porque no hay moralidad que resista á la prueba prolongada de la necesidad... es como querer curar á un enfermo con una medicina que no puede tragar.

—Ciertamente—dijo Geri respondiendo al Comendador,—la moralidad está en el trabajo.

Alberto levantó los hombros, y murmuró:

—En el trabajo humano, no en el trabajo que embrutece.

El suegro respondió á Geri:

—Está probado, por otra parte, que hay diez veces más pobres por vicios ó por indolencia, que por desgracia. Las estadísticas lo dicen. Y aquel tanto por ciento de pobreza que se deriva de la desgracia, ese no está en poder de los hombres suprimirle, precisamente porque no está causada por ellos. Es una verdad tan antigua como el mundo.

—Y así, ¡el problema está resuelto!—dijo Alberto un poco más alto.

A aquellas palabras, el caballero Bianchini se aproximó, con la cara del aldeano que ve que amenaza á la cosecha una nube en el horizonte.

El Comendador, que había escuchado,

se volvió directamente al joven, y le dijo con acento autoritario:

—No está resuelto, porque no tiene solución, querido profesor mío; ninguna reforma podrá realizarse, á menos que la mayoría de los hombres no sea condenada á un trabajo duro y poco pagado. La pobreza de la mayoría no es un mal constitucional, crónico, de la sociedad: es efecto de una ley social, contra la cual es absurdo rebelarse.

Á aquellas palabras, dichas con la seguridad de no tener réplica, todos callaron, husmeando una batalla.

—No es efecto de *una ley*—repuso Alberto,—sino de *leyes*.

—Bien, sea, *¡de leyes!* pero de leyes naturales del mundo económico, que son tan fijas é inmutables como las del mundo físico.

—¿Fijas é inmutables?...—insinuó Alberto, corrigiendo con el acento respetuoso, la irreverencia de la forma interrogativa.—¿Por qué? Sin duda están fundadas en hechos. Pero, estos hechos, ¿son acaso necesarios, imprescindibles, son tales que se puedan deducir de ellos principios absolutos? Los hechos cambian, y pueden, por tanto, cambiar también las leyes que sobre los mismos se fundan.

El Comendador sonrió.

—¡Sueños! No muda, ni mudará jamás, el hecho principal de que la vida del hombre es una guerra permanente contra todo y contra todos; que la fortuna es de los vencedores, y que todos no pueden vencer. La única cosa que se puede desear es que se mantenga libre como ahora la concurrencia, que es el alma de todo progreso. ¿No negarás esto, supongo?

—Usted dispense—replicó Alberto,—pero lo niego.

El Comendador abrió desmesuradamente los ojos.

—No hay libertad de concurrencia donde las fuerzas sociales no están á disposición más que de un pequeño número, y no puede existir mientras que no sean puestas en condiciones semejantes entre todos los miembros de la sociedad, las condiciones iniciales de la lucha.

—¿Acaso da iguales esas fuerzas la Naturaleza?

—No; pero se trata de suprimir los efectos de las desigualdades que la Naturaleza produce; se trata de suprimir las desigualdades existentes desde el nacimiento de aquellos hombres que la Naturaleza ha hecho iguales.

—Éstas están ligadas á aquéllas, y aun cuando se pudiesen suprimir, renacerían necesariamente.

—No, cuando no fuese posible otra propiedad que la que es fruto del trabajo personal.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el suegro con una risotada, levantándose.—¡La supresión de la herencia! ¿Has llegado ya á eso? Pues acepta mi más sincera congratulación.

Antes que el chico tuviera tiempo para contestar, el caballero Bianchini se puso por medio, y con una sonrisa que hacía traición al ahínco y afán mal disimulado, tocando el pecho á Alberto, y volviéndose al Comendador, gritó cómicamente:

—¡Oh! ¡Prohibida la discusión! ¡Nada de discusión! En los días de fiesta no se discute. Esta noche mando yo. Si oigo una palabra más, apago las luces y disuelvo la asamblea.

Los dos disputantes se aquietaron, volviéndose cada uno á decir sus propias razones en el círculo en que se encontraban.

Mientras, volvía á tomar cuerpo la charla general; pero ambos tenían el semblante mudado y sonreían con un esfuerzo

un poco anhelante. Se comprendía que en breve volverían á cruzar sus espadas de duelo.

El doctor Geri, entre tanto, volvió á emprenderla por cuenta suya con el Comendador y con su propio hijo. Para él, no había otro remedio á los males sociales que poner un límite á la multiplicación de la especie, por todos los medios posibles, los cuales él conocía y aceptaba todos, hasta los más duros y aun los más repugnantes. Todos los demás procedimientos le causaban lástima. Era una idea fija que le había sido transmitida como una manía hereditaria por su padre, médico, el cual había conocido en 1830 á Malthus, cuando era profesor de Economía política en Haileybury, y se había entusiasmado de su persona y de sus teorías.

Para él, Malthus era uno de los más grandes genios de la humanidad, y le nombró diez veces en treinta palabras.

La Sra. Cambiari, á la cual casi todos los nombres célebres le resultaban nuevos, asombrada y contenta por conocer aquél, se volvió hacia el viejo Geri y le dijo en alta voz:

—¡Ah, Malthus! ¿Aquel que no quería más niños?...

Todos se echaron á reír, hasta el mismo Geri; pero pronto se puso serio y volvió á emprender su discurso.

—El porvenir será su doctrina. Cuando el pueblo bajo se persuada y lo ponga en práctica, se cambiará el mundo.

—¡Sr. Doctor! —prorrumpió la señora Luzzi,—no hable de aquel triste cura, un misántropo, enemigo del amor, un hombre brutal, repugnante.

Pero el viejo Geri no discutía con las señoras, y continuó:

—Para refrenar la producción de los hambrientos, no hay otro recurso. Todos nuestros males se originan de que son demasiados los que quieren estar bien.

Moretti gritó desde el ángulo opuesto de la sala con su voz de gallito:

—¡No, Sr. Doctor, no hay un solo hombre de más sobre la tierra! Cada hombre es un productor. Tres cuartas partes de la tierra están incultas por falta de hombres.

Cambiari añadió:

—En ningún país se ha verificado jamás la teoría de las dos progresiones.

Moretti insistió:

—Con la multiplicación de los hombres se multiplican también, y más pronto, las

plantas y los animales que los alimentan.

Alberto añadió:

—Mejorad la condición económica de las clases inferiores, y serán menos prolíficas, por la misma razón que lo son menos también las otras clases superiores.

El Dr. Geri hizo un gesto de conmiseración para los tres que habían hablado, y preguntó con aire impertinente de duda á Alberto:

—¿Conoce usted la teoría de Malthus?

Alberto respondió picado:

—La conozco, y me parece una teoría muy cómoda para demostrar que la miseria es inevitable, y salvar nuestro egoísmo de toda censura de la conciencia.

—Esas son razones sentimentales—rebatió el doctor.—El hecho innegable es que para aumentar el salario de los trabajadores no hay más que disminuir la oferta de los brazos. Esto son matemáticas. ¿Qué otro medio propone usted?

El Comendador le tocó con el codo, y deslizó irónicamente:

—¿Pero no lo ha dicho ya? Que el medio es la abolición de la propiedad.

Alberto se volvió inmediatamente, y respondió:

—Ustedes dicen abolición de la propiedad, como dirían abolición de la luz ó de otra cosa sobrenatural é imposible; pero esta divina propiedad no ha existido siempre ni en todas partes. Como la sociedad la ha instituido, la puede suprimir, ó más bien, transformar; que de hecho no se trata de otra cosa que de transformarla. ¿La forma de la propiedad no se halla, quizás, en estado de variación continua? Todas las formas de la propiedad que ahora nos parecen más extrañas, existieron, y aun existen todavía ejemplos de ellas. La propiedad ha seguido las transformaciones de la producción. Ahora, la producción se ha convertido en colectiva, y la propiedad de los medios de producción ha permanecido individual; de aquí todos los males y todos los desórdenes, y éstos no cesarán sino cuando cese el antagonismo que los provoca.

—Palabras vacías y sonoras como tambores—replicó el suegro.—¿Y tú crees que en el estado actual de la civilización es posible el desarrollo de la personalidad humana, y el orden de la sociedad y el buen establecimiento de la familia, sin la propiedad?

—¿Es indispensable para estos fines la propiedad, según usted?

—¿Y aún puedes dudar de ello?

—¿Entonces, cómo no encuentra justo que las siete décimas partes de la población que trabaja y no tiene propiedad alguna, quiera su parte correspondiente, lo cual es *im-po-si-ble* obtener sin hacer la propiedad colectiva?

El suegro hizo un gesto de compasión, y alzando los ojos al techo, prorrumpió:

—¡Propiedad colectiva! ¡Dios del cielo! ¿Hay alguien que hable en serio de éso? Yo creí que el colectivismo estaba ya enterrado y descompuesto hacia tiempo.

Alberto hizo por responder, pero Geri (hijo), con su sonrisa despreciativa, tomando la palabra por la vez primera, interrumpió con el argumento acostumbrado:

—...Un momento; suprimida la propiedad individual, que es lo mismo que decir suprimida la esperanza de enriquecerse, ¿dónde estará el estímulo para el trabajo?

—Dispense usted—respondió Alberto con frialdad;—para la inmensa mayoría de los trabajadores de ahora ¿es la esperanza de enriquecerse los que les estimula para el trabajo?... Y los cien mil empleados que

llevan el peso de toda la Administración pública y privada, ¿trabajan para enriquecerse?

Geri movió la cabeza.

—Pero al trabajo libre, á aquél propio de los más inteligentes de nuestra clase, que trabajan doble de lo que debe todo hombre honrado, y únicamente para hacer fortuna, ¿qué estímulo quedaria?

—Pero si tienen conciencia de hacer un trabajo útil á la sociedad... No, esta es una cuerda que no suena á los oídos y el corazón de ustedes; lo diré mejor: ¿cree usted que el exceso de actividad que despliegan ahora para hacer fortuna, va en beneficio de la sociedad? ¿No cuenta para nada todas las bribonadas que para hacer fortuna se cometen? ¿Y el daño que se hace á los demás? ¿Y la vida de rabia que se lleva? ¿Y la corrupción que se siembra?

Geri cambió una mirada y una sonrisa con el Comendador; pero antes de responder, intervino Moretti, diciendo:

—Una objeción capital, querido amigo; dejemos aparte el trabajo mecánico. ¿Qué estímulo tendria el más difícil, el más precioso, el más benéfico de los trabajos: el de los inventores?

—¡Pero, Sr. Moretti!—exclamó la señora Luzzi desde su sofá:— ¿no se dice, aun ahora, que todos los inventores mueren en el hospital?

Muchos soltaron la carcajada; Alberto miró con curiosidad é interés á la señora; después dijo:

—Sr. Moretti, á usted toca responder.

Pero mientras éste buscaba una respuesta, el Comendador, irritado porque quedase en favor del joven hasta sólo una apariencia de triunfo, fué á colocar delante de él su mole majestuosa con aire de aniquilarle, y entre la atención de todos, que esperaban el golpe de gracia, le preguntó:

—¿Conque también estás por el Estado colectivista?

—Sí— dijo Alberto.

—¿Hasta por el Estado que suprime la industria y el comercio particular; que queda como solo propietario de todo; que regula los productos; que forma el presupuesto de todos los intereses; que gobierna la vida y el progreso de un pueblo como se dirige la marcha de una manada de ovejas? Dime si has pensado, al menos durante un cuarto de hora, en el absurdo de ese Estado omnipotente y extrapotente, que tendria necesidad

para funcionar, de un sistema burocrático, que comparado con el nuestro, éste es un juego de niños, y que reproduciría centuplicados todos los defectos y los errores de lentitud, de imprevisión, de confusión, de derroche, que ya se echan en cara al Estado actual; dime si has pensado en esto seriamente, para que yo sepa si debo continuar, ó no, departiendo contigo sobre el particular.

Echando una mirada alrededor suyo antes de contestar, Alberto vió á su mujer con la cabeza baja, como avergonzada de la mala figura que él iba á hacer. Le disgustó esto, y le dió ánimos.

—Esté usted tranquilo—respondió;—puede usted continuar discurrendo. El estado que usted ha definido no es el del socialismo; ustedes juzgan aquél por éste, como si el uno no fuese, más que el otro, engrosado en sus errores, y ahí está la equivocación. Digamos esto también: que aún hoy el Estado no lo hace todo mal, como no lo hace todo bien la iniciativa particular; que si no obra siempre bien, no está al menos interesado en obrar mal, como el particular lo está con frecuencia; y que si no puede hacer bien en muchas cosas, es porque fuera de los privi-

legiados, en cuyas manos está, y los cuales lo explotan, no encuentra, por esta razón precisamente, mas que desconfianza y rebelión. Dejemos también el que con toda vuestra ternura por la libre concurrencia, invocáis la intervención del Estado, para suprimirla cada vez que tenéis un interés de clase que salvar, y que es absurdo hablar de libre concurrencia cuando toda industria no se desarrolla más que centralizándose, ó, lo que es lo mismo, creando el monopolio. Pero es una inocencia pensar que el socialismo quiere un Estado omnipotente, un autoritarismo sin límites; quiere un Estado que sirva á la Nación, no que gobierne en el sentido de ahora; que esté subordinado á la sociedad, no que la domine. Y no ha de ser un organismo inmóvil y fijo, sino una fuerza de organización, que se perfeccionará simplificándose, repartiendo la propia acción en organismos secundarios, en cuerpos de gobierno municipales, en un gran número de mecanismos inferiores, los cuales se formarán por necesidad poco á poco bajo el impulso del nuevo principio, en el cual será informada toda la vida social.

—*Fata viam invenient*—dijo Cambiari.

El Comendador se volvió hacia el Ingeniero, dedicándole una sonrisa de compasión que estaba preparada para el yerno, y le dijo:

—Señor Cambiari, ¿habrá usted también perdido el gran dón de la inteligencia?

—¡Oh! ¡no, señor! —replicó éste, entre bromista y serio, y con el aire de quien goza en soplar en el fuego para encender las disputas.—Encuentro justa la idea de Alberto, de que para la organización de la sociedad como los socialistas la quieren, se debe también tener en cuenta la cooperación de los hechos. El edificio futuro se construirá como se ha construido el presente, que fué sacado á flote y acomodado poco á poco por las generaciones, según sus necesidades, las cuales cambiaban, y según las normas sucesivas de la experiencia. No se puede juzgar desde ahora lo que será para entonces, con toda precisión, el Estado socialista, ni pretender que nadie lo diga de antemano. Ya se verá...

Y añadió acariciándose la barba:

—¿Sabía la burguesía francesa de 1789 qué Gobierno se iba á constituir? Quería el Poder político para hacer sus negocios á su manera y para su comodidad; pero no pre-

veía ni siquiera la República, no preveía siquiera cuál sería su constitución económica.

Y no siendo en este momento mirado por el Comendador, le sacó la lengua.

El Comendador fijó en él su mirada después de un momento, y dijo moviendo lentamente la cabeza:

—Dejen que les diga una cosa: me causan ustedes, los dos, verdadera conmiseración.

Y volvió las espaldas, mientras Cambiari se restregaba las manos como quien ha bromeado con éxito, y el caballero Bianchini se dirigía con actitud suplicante á su hijo para que callase. Éste consintió, mordiéndose los labios, pero el viejo Geri volvió al asalto.

—Un momento. Diga V., señor profesor— insinuó con voz sonora—á ninguna de las instituciones sociales, propiedad, familia, Estado, religión, se puede tocar sin tocar á las otras; y ¿qué cosa hará V. de la religión, de la familia?

—Sí, sí, oigamos — repusieron otras voces.—¿Qué hará V. de las familias?

El Sr. Geri, joven, dirigiendo una mirada de triunfo á la Sra. Julia, añadió:

—¿Tendría acaso las ideas de María Zara? (\*).

Casi todos se echaron á reir.

—¡Qué horror! —exclamó la Sra. Julia.

La vieja Bianchini hizo un gesto de repugnancia. Aunque no habian leído nada de ella, sabian que era una especie de petrolera, una predicadora del amor libre, una mujer que no se podía nombrar entre gente de bien. Su reputación era tan horrible, que Alberto, aunque le constaba que era una mujer honradísima é inmensamente buena, no se atrevió, sin embargo, á defenderla.

—¿Qué cosa hará V. de la familia?—volvió á preguntar el doctor Geri.

Alberto no tenía todavía idea formada acerca de aquel asunto, que era el más peligroso de todos; pero comprendía que no podía ceder, sin dejar la victoria á sus adversarios.

—No crean que me desconcierto con esa pregunta—replicó, ostentando seguridad de ánimo.—La familia tampoco es una institución inmutable: se modifica y progresa con el progreso de la sociedad, con el cam-

(\*) Como si dijéramos, de Guillermina Rojas.

bio de la condición social de la mujer. Esta condición ha mudado mucho desde el pasado, y está llamada á modificarse más y más en el porvenir. Como la familia de hoy no es ya la de la Edad Media, así ella revestirá necesariamente en el futuro otra forma, cuando la mujer se liberte de la servidumbre económica y obtenga todos los derechos del hombre.

Estas palabras fueron seguidas de un grito general de protesta.

—Las ideas de Maria Zara —exclamó Geri, hijo.

—Y de Luisa Michel—gritó el suegro. Ahora te toca hacer la apología de los horrores de la *Commune*.

—¡Bah! dejemos estos horrores—contestó Alberto, empezando ya á irritarse.—En nombre de todas las causas se han cometido horrores; la Religión tuvo los tormentos de la Inquisición; y la defensa de la propiedad mal adquirida fué siempre más feroz que los asaltos del hambre.

—¡Pero si ya lo decía yo—gritó el Comendador,—que llegaría á defender hasta el fusilamiento de los prisioneros!

—No es cierto; yo no defiende, ni á quien mata á los prisioneros en nombre de la re-

volución, ni á quien los mata en nombre del orden.

—¿Y no haces diferencia entre unos y otros?— insistió su padre político, estallando.

Aquí se entrometió de nuevo suplicante el Sr. Bianchini, padre, y, con él, la Sra. Julia y la hermana de Alberto. Acariciándole una y otra, le empujaban suavemente hacia el opuesto lado, hasta que el círculo se rompió en varios grupos, y la batalla se convirtió en una serie de escaramuzas.

Frente al balcón nació una cuestión acerca de la condición de los obreros, entre el Dr. Geri, Cambiari y Moretti, á los cuales se agregó la Sra. Luzzi. Geri afirmaba que el salario había aumentado en proporción á los precios del mercado.

—Eso querrá decir—observó Cambiari sonriendo—que así como eran escasos antes, ahora son insuficientes.

—El pan ha bajado.

—La carne ha subido en cambio.

—Ha disminuído el precio del arroz.

—Pero se ha recargado el del vino, el aceite, el azúcar, el café, el alcohol...

—¿Y los alquileres, doctor?—preguntó la Luzzi.

—Pero, ¿qué alquileres?—respondió Geri; —hablamos de los hechos generales. El hecho es que los obreros se vestían de tela burda, y ahora se visten de paño; iban descalzos y ahora gastan zapatos, y están alojados mejor que en otros tiempos. Aparte de que gozan de las ventajas comunes á la civilización y al progreso: gas, ferrocarriles, luz eléctrica, agua potable, jardines públicos, museos abiertos para todos...

—Pero estas ventajas las pagan con los impuestos.

—¿Qué impuestos paga quien no tiene dinero?

—¿No sabe que todo obrero que tiene tanto para vivir paga el 20 por 100 de su salario en impuestos indirectos?

—¿Pero qué 20 por 100, si se sabe cómo se hace este cálculo, y además... consideren ustedes las casas de los obreros, los institutos hospitalarios, los baños populares, la mayor higiene del día, todas cuyas cosas disminuyen las enfermedades infecciosas. En otros tiempos se diezaban por la virola, por ejemplo...

—¡Ya!—dijo la Sra. Luzzi bromeando.—¿Cómo se atreven á lamentarse, si ya están vacunados?

Fué una carcajada general.

Alberto, llegado en aquel momento, exclamó:

—¡Bravo, señora, bravo! Vale más una de sus ocurrencias que todos nuestros razonamientos juntos.

La discusión continuó algunos minutos. Cambiari se había separado del grupo y discurría con la Sra. Paula, sentada al lado de la madre de Alberto; ésta desdeñosa y aquélla estupefacta y casi temblando por la disputa que había escuchado. El ingeniero acababa de haberle puesto la cabeza bomba, diciéndole que el socialismo no era más que la resurrección del cristianismo, y citándole cardenales y obispos alemanes, ingleses y americanos que habían expresado ideas socialistas.

—¡Ah! eso es imposible—contestó la señora.—Hágame el favor de no bromear sobre este asunto, señor ingeniero.

—¿Que no es posible, querida señora mía? Son hechos sacrosantos. ¿Y los Padres de la Iglesia?—Supongo que usted respetará á los Padres de la Iglesia; pues bien, San Clemente ha dicho: «Todo debería pertenecer á todos.» San Basilio ha dicho que «el rico es un ladrón». San Juan Crisóstomo ha di-

cho que «todos los bienes deberían ser comunes».

La señora lo miró; después, sacudiendo la cabeza, aventuró:

—Pero no lo habrán dicho así; usted sin duda inventa. Si el mundo es como es, es porque el Señor quiere que así sea. Si Su Santidad bendice hasta á los ricos, quiere decir que la riqueza no es una culpa.

—¿Su Santidad? ¡Pero si Su Santidad es un socialista declarado! ¿No sabe usted que en una pastoral suya, cuando era obispo de Perusa, dijo que los obreros son explotados por los ricos avarientos sin entrañas?

—Eso lo habrá querido decir en otro sentido. Usted quiere burlarse de mí. ¿Qué gusto saca usted en atormentarme?

—No, señora. Verá usted cómo acaba por ser anarquista.—Y le habló de su famoso anarquista Baldieri, que tenía un libro terrible de propaganda, todo hecho con frases de la Escritura Sagrada, donde todos los razonamientos están apoyados en frases de los Sagrados Textos, y que al escucharlo, parece á veces un sacerdote en el púlpito.

—¡Ah! ¡Qué profanación! ¿Y usted va á oír esos horrores?